

Noticiario

PEREGRINAJE DE UN UNIVERSITARIO

Viajar, dice don Enrique Molina, al comenzar estas páginas, es huir de lo cotidiano, de la monotonía de los días que se repiten. Y quien huye un poco de lo cotidiano, agregaremos por nuestra parte, distrae su mente con la visión de panoramas y paisajes que suscitan en la memoria algún recuerdo o incidencia que nos arranca de las diarias preocupaciones que a la larga gravitan sobre el espíritu y requieren un pasajero alivio. El contacto con otras gentes, la observación de usos y costumbres que difieren de las que se ven a diario en el país donde uno vive, y el cambio de ideas con esas personas que dejan una huella en la sensibilidad contribuyen al encanto del viaje, y forman un bagaje de impresiones y emociones que el hombre culto gusta de consignar en las páginas de un libro.

Don Enrique Molina, educador eminente y psicólogo de fina percepción, ha escrito estas páginas en que cuenta el peregrinaje de un universitario, con amable soltura, con esa sencillez clara y profunda que surge de la sinceridad. Es un peregrinaje grato el de este viajero que va encontrando en su ruta caras conocidas que le acogen con afecto y respeto. Y aunque el objeto de su visita a la República hermana de allende los Andes, es el de visitar Universidades de las cuales da interesantes datos relacionados con su funcionamiento, no desdeña ha-

blarle a sus lectores de cuanto sus ojos curiosos ven con ese interés y con ese fervor del hombre que ama la vida en todas sus manifestaciones. Y es así como nos transmite con entusiasmo las diferentes fases de sus impresiones en forma directa, amena y fácil. Hay en estas páginas esa calidez de quien conversa con el amigo, a quien encuentra inmediatamente después del regreso, saturando la charla con un encanto amable y efusivo. El hombre y el paisaje no se disuelven en alardes de retórica sino que vienen a nuestro encuentro con la misma naturalidad con que llegaron hasta él. El teatro, el restaurant, el paseo, la calle, tienen en estas páginas de don Enrique una nota personal, diríase que íntima, pues ella se relaciona con el amigo a quien habla en ese instante, o bien, con algún recuerdo lejano que surge vívido y animado dándole de esta manera singular colorido al relato.

Libros, como este que comentamos del señor Molina, contribuyen a crear vínculos de aprecio y de solidaridad americana. Asoman en sus páginas personalidades argentinas que en realidad son poco conocidas entre nosotros. El nos las presenta en su aspecto humano, sin ese estiramiento protocolar, ni esa peculiaridad del acto oficial en que los hombres de situación destacada actúan en calidad de personajes que hablan un lenguaje convencional, ceñido a las circunstancias, sin descubrir nada de lo que son como seres que exteriorizan, influídos por esa fuerza espiritual que es la amistad, lo más auténtico que hay en sus pensamientos y emociones.

Y este es otro de los méritos que ostentan estas bellas y atractivas notas de viaje de don Enrique Molina. Es interesante puntualizar que un hombre dedicado a las ideas, a la filosofía, se acerque familiarmente al mundo exterior, anote los detalles de paisajes y de hombres con los cuales ha tenido contacto en el viaje, y los comunique con el desaliño pintoresco de una conversación.

ESTUDIOS CRÍTICOS DE LITERATURA CHILENA

Releyendo estas crónicas publicadas en «El Mercurio» de Santiago, entre los años 1810 y 1934, evocamos una época muy interesante de nuestra literatura. Es en realidad el fruto de los ensayos y tanteos de los escritores chilenos hasta una etapa de verdadero florecimiento literario.

Esta literatura no habría tenido el relieve que merecía si este francés, sabio e irónico al mismo tiempo, no hubiera escrito en castellano, ni se hubiera preocupado de los problemas de nuestra literatura. Don Emilio Vaïsse, (Mariano Latorre, nos ha dicho que don Emilio escribió su apellido, para quitarle su carácter germano en esta forma: Vaïsse) que era docto en filología y en exépesis dejó estas especulaciones, primero para adentrarse en las características de la sintaxis castellana y luego en el espíritu de los escritores de Chile, su patria de adopción.

En este primer tomo, que ahora publica Nascimento, vemos la elástica inteligencia de don Emilio, dictaminando con altura de miras y hondo conocimiento de toda clase de materias, desde los libros que tratan de filología o historia, hasta los etnológicos, poéticos y novelescos.

Se resiente esta revisión de valores, de la hondura necesaria, pero no debemos olvidar que eran artículos semanales que don Emilio redactaba, abandonando por un momento su admirable bibliografía de la literatura chilena y sus pintorescos estudios sobre asuntos coloniales, como el del Padre Lacunza y el Proceso Inquisitorial de las Brujas de Chillán.

La Literatura Chilena le debe a don Emilio Vaïsse, la primera interpretación seria y desinteresada de sus autores. Fué en realidad un revisor de valores, así por ejemplo fijó las características del criollismo, profundizado por él como por ninguno de los otros críticos de la época.

Los estudios sobre Marta Brunet, Francisco Contreras,

Joaquín Díaz Garcés, Edwards Bello, Federico Gana, Mariano Latorre y Baldomero Lillo son imprescindibles para una futura interpretación del sentido nacional, campesino o urbano, base esencial de toda la literatura posterior de Chile.

Este libro se recienta por la carencia de un estudio preliminar acerca de la labor crítica de Omer Emeth y de su influjo en los comienzos del siglo XX, en los estudios literarios y científicos. Igualmente faltan notas explicativas sobre libros y autores, no tanto para los lectores chilenos sino para los extranjeros que lean este libro.

MOTIVOS DEL PUERTO

Alejandro Reyes, poeta de fina sensibilidad acaba de dar a la publicidad este volumen de versos, en el cual nos entrega su lírico tesoro de emoción. Reyes, se muestra en estos versos como un verdadero sentimental, en cuyo corazón el recuerdo se ha quedado íntegro, con su encanto sugerente y evocador. No es el juglar que hace malabarismos o acertijos, sino el hombre que le canta a esas bellas imágenes que el pasado embellece con un halo de romántica seducción.

En esta magia del recuerdo está el manantial más auténtico de la poesía de Alejandro Reyes. Bebe en él su inspiración con el deleite de esos experimentados catadores de vinos, que del regusto de los viejos y nobles caldos sacan como de un cofre de fotografías antiguas una anécdota, un cuento o una leyenda que tiene todo ese sabor y esa fragancia de las cosas que se amaron, ya sea porque se habló de ellas en el círculo familiar, o porque formaron parte de las escenas que encantaron los días ilusionados de la niñez.

El puerto, las viejas caletas con sus botes tumbados en la arena, en el rincón donde flota un olor a pescado, en donde los hombres del mar tienden sus espineles y remiendan sus redes el humo de las barcas que se mecen lanzando humos que se

disuelven lentamente en el viento marino, las bocacalles pintorescas y típicas de los puertos, son imágenes que están vivas y nítidas en la sensibilidad de este poeta exquisito y delicado. Ellas le sirven de motivos del puerto, impregnándolas de ese encanto evocador que una palabra aprisiona dándole el sabor auténtico de una realidad vista y conocida en su sentido más íntimo.

Hay en Alejandro Reyes, y esto sin quitar méritos a su propia personalidad, nos recuerda de la gracia nostálgica, aérea y musical, de Héctor Pedro Blomberg. El exotismo lírico, la tragedia punzante, la exaltación dramática de un momento pasional, que se quedó perdido como una sombra misteriosa en un puerto lejano, se humedece de poética unción. El alma de los hombres del mar, puede avenirse con la monotonía casera y repetida de la existencia de los hombres que viven tierra adentro y para quienes un viaje es lo insólito y maravilloso. El marino acostumbrado a ver tierras, paisajes y seres distintos, enriquecen su fantasía, se escapa a cada rato del horizonte que los demás divisan como un anhelo inalcanzable. Lo traspasan con su imaginación inquieta, con su fantasía errante y crean sin darse cuenta un ambiente de prodigio, de fábula y leyenda, de quimera y milagro. El barco es un mundo aparte, que no tiene únicamente su vida exterior sino que una más rica y variada, en su eterna mudanza.

Alejandro Reyes se crió en ese ambiente, ama esas imágenes y ahonda en ellas su inspiración. Al dar formas a su arte no puede desprenderse de ese influjo, y ahí está precisamente su fuerza y el impulso creador de su temperamento. En las sugerencias, en el ambiente aromado por el recuerdo encontraremos la confirmación de lo que decimos:

Vuestro encanto de antaño, viejos barcos veleros,
aguerridas fragatas y gallardas goletas,
ágiles bergantines y balandras ligeras,
mecidos blandamente sobre las aguas quietas.

Ya no se ve la gracia de vuestros masteleros,
ni el mascarón de proa sonreír al oleaje,
ni tampoco se escuchan cantares marineros
salir desde la recia trama de los cordajes.

Y ya apenas si llegan al par de la marea,
esas brisas salinas con hálito de brea
que aspiramos de niños, junto a la vieja rada.'

Humos, «donkeys», vapores, en un conjunto ambiguo;
y ya en el puerto viejo, de nuestro encanto antiguo,
no va quedando nada, no va quedando nada.

Es verdad lo que dice Alejandro Reyes. Nada queda de esas cosas que vimos tan bellas en la niñez. Pero afortunadamente no mueren en el recuerdo sensible del poeta que sabe traducirlas a través del tiempo, exornadas por el prestigio de una emoción auténtica.

INÉS DE SUÁREZ

Después de 9 volúmenes dedicados a trazar la vida de algunos santos y de romanos célebres tales como Cicerón, Horacio y Juvenal, el laborioso escritor que es don Alejandro Vicuña, se enfrenta por primera vez con un personaje de la historia chilena. Difícil empresa ha sido seguramente para el autor, no porque carezca de importancia la figura elegida, pues la tiene en alto grado, sino por la falta de documentos claros y precisos, que marquen una ruta bien definida acerca de muchos puntos de la vida de esta interesante mujer que fué doña Inés de Suárez.

Doña Inés, vino a Chile acompañando al conquistador Valdivia. Es la mujer fuerte que comparte con el osado y ambicioso extremeño, su amor y todos los peligros de una campaña

plagada de reiteradas y peligrosas alternativas. Y no sólo eso, porque la malevolencia la hace blanco de toda suerte de perversas alusiones a sus relaciones con Valdivia, cuya mujer legítima, doña Marina de Gaete, había quedado en España esperando una oportunidad favorable que le permitiera venir a reunirse con su marido. Y llegó cuando éste ya había perecido a manos de los indios de Tucapele.

La amistad entre doña Inés y don Pedro de Valdivia, habíase iniciado, según nos cuenta el señor Vicuña, en las regiones de Tierra Firme (Venezuela) y a lo que parece ese conocimiento no pasó más allá de las simples relaciones amistosas. No se sabe pues, a ciencia cierta cuáles fueron las circunstancias que determinaron el viaje de doña Inés al Cuzco, que es donde esa amistad se estrecha y se afianza con vínculos amorosos.

Lo cierto es que doña Inés viene a Chile acompañando al conquistador en su loca aventura. Es la única mujer que afronta las terribles penalidades de los expedicionarios. Y aquí en tierras del Mapocho se convierte en una especie de Ángel de la Guarda del valeroso extremeño, cuya recia personalidad suscitó la envidia y la malquerencia de algunos de sus propios compañeros, tales como ese contumaz Pero Sancho de Hoz, que al fin después de muchas traiciones a su jefe, paga con la vida todas sus pérfidas actuaciones. Mas, doña Inés, es el ángel fuerte, el ángel que coge un sable y se bate con los indios de Michimalonco, en aquella noche aciaga en que las huestes de este cacique incendian a Santiago.

Pero las intrigas siguen adelante. Por sus relaciones con doña Inés, Valdivia se ve envuelto en un proceso que le sigue en el Perú el Virrey La Gasca, quien le ordena separarse de ella. Es el comienzo del fin de estos amores. Doña Inés se casa después, con el respetable Capitán de la Conquista, don Rodrigo de Quiroga, formando con esta unión uno de los hogares más prestigiosos de la Colonia.

El señor Vicuña ha escrito este libro con cariño, con ma-

nifesta simpatía hacia el personaje que lo ocupa. Y el libro cautiva por su amenidad y por la certera reconstrucción del ambiente en que actúan todos aquellos hombres esforzados que echan los cimientos de una nación.

BOLÍVAR

En una hermosa edición, Zig-Zag, acaba de lanzar el Bolívar, de Marschall y Crane, libro en el cual los autores cuentan la vida del Libertador desde los días de su infancia de niño noble que tiene oportunidad de relacionarse con esa juventud que tendrá más tarde un papel preponderante en Europa y América, hasta sus horas de triunfo y, luego de crear naciones, cuando declina su estrella refulgente, para recibir en vida como la mayoría de los grandes hombres, un poco de ingratitud y olvido.

La lectura de este libro es de un interés apasionante, pues no sólo relata la vida y actos conocidos del prócer, sino que se adentra en su intimidad. Nos muestra al hombre con sus debilidades y grandezas, con sus pasiones y sueños portentosos. Es el astro de primera magnitud que asombra con el prodigio de sus concepciones geniales. El visionario que logra transformar en realidad la mayoría de sus sueños, colocando al hombre de América en un plano que puede parangonarse sin desmedro con el de las más grandes figuras humanas de la Europa de ese tiempo.

Seguramente esta obra de Phillips Marschall y John Crane, es una de las siluetas más certeras y definitivas que se han escrito acerca de la vida y la obra del Libertador.

El libro que comentamos, trae una hermosa portada, con la efigie de Bolívar, dibujada por Mauricio Amster.